

CAPÍTULO 7: DIBUJO

Después de haber estado andando durante toda la mañana visitando Capileira, el grupo regresó a media tarde a la pequeña casita rural.

Al llegar, Adolfo se quedó atrás para dibujar algo antes de cenar. Le apetecía intentar encontrar algún animal o algún paisaje chulo para hacer un par de dibujos del fin de semana.

Despistado, Adolfo comenzó a andar, tratando de encontrar algo que llamase su atención. Tras caminar más de media hora, vislumbró a lo lejos una pequeña cabra, que olisqueaba algo en el suelo. Al fijarse un poco más, descubrió que estaba acompañada por un reducido grupo de cabras de mayor tamaño, que bebían agua de una pequeña acequia. Sigiloso, se acercó con cautela para intentar tener una mejor vista de un macho especialmente grande. La cabra lo miraba fijamente, nerviosa pero sin moverse. Adolfo decidió que la distancia era la suficiente como para poder dibujar bien al animal, pero

también para tener espacio para echar a correr si al bicho no le parecía oportuno posar para un dibujo. Lentamente, pero con destreza, empezó a dibujar los primeros trazos para hacer un esbozo general. Comenzó dibujando el lomo, las patas y la cornamenta, para luego pasar a detallar un poco más el entorno de la bestia. La cabra agachaba la cabeza para beber un poco de agua del riachuelo, momento en el que escuchó un crujido y levantó la cabeza de nuevo, asustada.

Adolfo, distraído, no se dio cuenta de que alguien se acercaba por su espalda. Solo en el momento en que las cabras saltaron y echaron a correr, percibió la presencia de alguien detrás. Al girarse, vio a un hombre que subía sube decidido por el camino, a unos cincuenta metros de donde se encontraba el joven. Adolfo le hizo un gesto con la mano en la distancia, observándolo, mientras que el hombre continuó caminando sin prestarle atención. Sin detener el paso y prácticamente sin mirarlo, continuó ascendiendo por el camino, con paso firme y decidido. Adolfo, extrañado, se fijó un poco más en el peculiar atuendo del hombre. Iba vestido con un traje oscuro, un

sombrero ajado y un maletín negro. Atraído por lo peculiar del atuendo, bajó el rostro mientras pasaba la página de su cuaderno y esbozaba la imagen del hombre. Cuando levantó de nuevo la mirada para fijarse mejor en su rostro, el hombre había desaparecido por completo. Adolfo se puso en pie para intentar encontrar al peculiar hombre, pero no lo logró. En su lugar, descubrió a una pequeña cabrita que saltaba de piedra en piedra justo en el lugar en el que el grupo de cabras había desaparecido unos segundos antes. Adolfo volvió a centrar su atención en el animal, arrancó el dibujo que estaba haciendo, lo guardó en su bolsillo y comenzó un tercer dibujo.

Una vez más, empezó a dibujar al animal por el lomo, detallando sus pequeñas patitas y haciendo especial hincapié en los pequeños cuernecillos que le crecían tímidamente en la cabeza. Aunque la cabra no paraba de saltar y corretear, Adolfo tuvo tiempo de sobra para dibujar con mayor detalle que en los dos dibujos anteriores.

Satisfecho con el tercer dibujo, se percató de que el sol comenzaba a estar bajo, así que decidió volver junto al resto para cenar y charlar un rato.

Tranquilamente, comenzó el camino de descenso, por el mismo lugar por el que había visto al peculiar hombre. Un aire frío comenzó a levantarse, soplando desde las cumbres más altas de la sierra, al tiempo que Adolfo empezaba a echar de menos su chaqueta. El joven apretó el paso, con la intención de llegar cuanto antes. El frío iba aumentando y, sin saber por qué, el joven comenzó a sentirse extraño, como observado. Incómodo, se detuvo en el camino, y se dio la vuelta de nuevo al escuchar un extraño ruido. Parecía como si fuesen piedras chocando, como si alguien golpease una piedra contra otra, con fuerza, sin cesar. En silencio, intentó agudizar el oído, llegando a captar el sonido de alguien que parecía estar llorando o lamentándose. Se giró para deshacer el camino que acaba de descender, justo en el momento en que alguien le puso una mano con fuerza en el hombro. Asustado, se volvió

violentamente y se encontró con la cara de Juanan, que se reía de él.

—Tranquilo, que soy yo. ¿Qué te pasa?

—Joder, que me has asustado. He escuchado un ruido y estaba concentrado intentando saber de dónde venía cuando me has puesto la mano encima. ¡Casi me da algo!

—Venía a buscarte, me ha dicho Elvira que estabas dibujando, así que me he traído la cámara para hacer algunas fotos.

—Pues yo acabo de dibujar a una cabrilla que estaba por ahí saltando. Vamos bajando si quieres a ver si vemos alguna más.

—Perfecto, que estos decían de cenar ya y tomarse unas cervezas.

Juanan y Adolfo charlaban de camino al refugio, sin darse cuenta de que, nuevamente, el sonido de las piedras chocando volvía a escucharse a lo lejos. Al llegar, Javi les esperaba en la puerta, tocando la armónica mientras el resto estaban terminando de preparar la cena.